



El ministerio de la predicación¹

Fr. Damian Byrne, O.P.

Queremos ver a Jesús

En el Evangelio nuestro Señor dijo a los apóstoles: "Vosotros seréis mis testigos". La frase 'nosotros somos testigos' significa literalmente que se ofrece la experiencia de un Cristo que está vivo, de alguien a quien es posible encontrar y hablar. La petición de quienes se acercaron a Felipe y dijeron "Queremos ver a Jesús" es hoy el grito de muchos en el mundo. Pero, ¿cuántas veces lo descubren en la palabra que nosotros les distribuimos? Con una cierta angustia Pablo VI escribía: "Tácitamente o a grandes gritos, siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿vivís lo que creéis? ¿predicáis verdaderamente lo que vivís?" (EN 76).

Lo que el mundo busca es un testimonio digno de ser creído. La gente está cansada de ficciones. Quiere ver a Jesús, como la Madre Teresa de Calcuta nos ha recordado con claridad: "La gente tendría que poder ver a Jesús en nosotros".

Si somos predicadores debemos de ser hombres y mujeres que leen, ponderan y viven la palabra de la Escritura. Este encuentro ponderando y meditado con el Jesús de los Evangelios se convierte en resorte de vida para cada uno de nosotros. De la mesa de la Palabra y de la mesa de la Eucaristía recibe su alimento nuestra vida de predicadores. Necesitamos también renovar nuestra fe en el poder de la Palabra de Dios. "La Palabra de Dios está viva, es vida..." (Heb 4,12). Cuando se la predica, Cristo está presente (cf. *Mysterium Fidei*, nº 36). Pero la palabra debe ser meditada en este momento histórico.

Aplicación

Nuestra predicación no será completa mientras no relacione el Evangelio con la vida de la gente. Lo mismo que Jesús predicó su mensaje en forma adecuada a la gente de su tiempo, así nosotros debemos de presentar su mensaje en modo apto para la gente de nuestro tiempo. Conforme al Evangelio, nuestra predicación debe aplicarse a las preguntas que nos hacen. Esto nos impone la obligación de escuchar y de estar alerta a los movimientos que se suceden con rapidez en nuestra sociedad cambiante. ¿Cómo podemos hablar a las necesidades de la gente si no compartimos sus penas y alegrías? Como nos recuerda la *Gaudium et Spes*:

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón".

Antes de hablar debemos escuchar no sólo la voz del pueblo, sino también sus ojos y sus corazones. Entonces, nuestra palabra pronunciada cada día desde el altar, en clase, en la sala del hospital..., será una palabra de esperanza: la cualidad de la predicación en que más insistía el Papa Pablo VI.

Profética y doctrinal

Se repite la mejor tradición de la Orden cuando nuestra predicación es profética. La predicación puramente teórica y abstracta no capta ni el espíritu de Santo Domingo ni los corazones de los fieles. La predicación profética no es puramente el compartir la ciencia, sino una proclamación alegre de la palabra de Dios viva y vivificante. Pero es necesario anunciar el mensaje completo del Evangelio.

En su Comentario a las Constituciones, Humberto de Romanis escribe: "El estudio no es la finalidad de la Orden, pero es de suprema necesidad para el fin que es la predicación y el trabajo por la salvación de las almas, porque sin el estudio no podemos hacer ni una cosa ni otra" (Opera II, p. 41). Si somos predicadores, somos también estudiantes. El día en que dejemos de leer y reflexionar, dejaremos de ser predicadores eficientes. Para seguir siendo buenos predicadores hay que ser siempre estudiantes. ¿Leemos? ¿Leemos suficientemente? La escucha real de las alegrías, penas, esperanzas y preocupaciones de la familia humana requiere estudio serio y análisis social. Requiere el aprendizaje de otras lenguas y el respeto delicado de las

diferencias culturales si el Evangelio tiene realmente que encarnarse en las nuevas culturas. Antes que nada, requiere tiempo y presencia entre aquellos a quienes debemos predicar, porque es cosa cierta que a partir de su experiencia escucharemos el Evangelio en formas nuevas.

Nosotros estamos llamados a recibir y abrazar la Palabra de Dios dondequiera que la oigamos. Domingo pasó la noche en diálogo con su hostelero, la atención de Las Casas a las diferencias culturales entre España y el "Nuevo Mundo" le exigió una nueva forma de predicación profética. La atención de Catalina a los signos de su tiempo le llevó a predicar una palabra de compasión a las víctimas de la peste negra, pero también a proclamar la verdad como ella la veía, no sólo a los políticos, sino también a cardenales y papas.

El Obispo Diego y Domingo vieron la incapacidad de la Iglesia de su tiempo para responder con eficacia al movimiento albigense. Viviendo entre ellos, aprendiendo de ellos y escuchándoles desarrollaron una nueva catequesis. La Iglesia necesitaba admitir los valores auténticos que se encontraban en el movimiento albigense, así como proclamar los valores auténticos que los albigenses preferían ignorar. Esto es lo que entendemos por predicación doctrinal, la predicación de la "verdad completa" del Evangelio. El reto de los albigenses hizo nacer en Domingo y Diego una respuesta creativa. ¿Cuáles son los retos que invitan a nuestra predicación de hoy a una respuesta creativa?

Para ser hijos e hijas de Santo Domingo tenemos que insertarnos en los campos de debate, especialmente en aquellos campos en que la Iglesia encuentra dificultad para responder. Nos insertamos primero en tales campos para escuchar y aprender. Luego nos comprometemos en una reflexión teológica y en el discernimiento de nuestra respuesta, tanto con nuestros hechos y dichos como con nuestra forma de vida. Si no estamos en medio de las necesidades de la gente nos exponemos a desorientarnos y corremos el riesgo de ser ineficaces. Seguir a Domingo significa ser para nuestro período de historia, de la Iglesia y sociedad, lo que Domingo fue para el suyo. Él es siempre nuestro punto de partida para examinarnos y renovar nuestras vidas.

Fieles a él y a nuestra tradición, nuestra propia identidad y espiritualidad debe tener sus raíces en nuestra misión de predicar. Ya en 1988, el P. Congar hacia esta sorprendente observación: "Yo podría citar toda una serie de textos antiguos, en los que se afirma -más o menos- que si en una nación se celebrara la misa durante treinta años sin predicación y en otra se predicara durante treinta años sin la celebración de la misa, la gente sería más cristiana en la nación donde hubiera habido la predicación" (Concilium, nº 33).

¿Qué significa para nosotros ser predicadores, no a principios del siglo XIII sino a finales del siglo XX? Algo que ha sido preocupación específicamente dominicana dentro de la misión de la Iglesia universal de predicar el Evangelio ha sido nuestro empeño en "proclamar la verdad". ¿Dónde está hoy la verdad no deseada o en peligro en nuestra nación, en nuestra vida personal y comunitaria e incluso en nuestra predicación?

Al igual que el mundo en que vivió Domingo, el nuestro tiene sus propias formas de dualismo a las que debemos dirigirnos: las divisiones profundas entre naciones ricas y pobres, entre razas, religiones y grupos étnicos, entre hombres y mujeres, entre naciones de ideologías políticas diferentes.

Catorce años después de la *Evangelii Nuntiandi*, podemos hacernos las mismas tres preguntas cruciales que Pablo VI hizo a toda la Iglesia:

1. ¿Qué ha sucedido hoy en día con la energía oculta de la Buena Nueva, capaz de influir poderosamente en la conciencia humana?
2. ¿En qué medida y en qué forma es capaz la fuerza evangélica de transformar realmente a la gente de este siglo?
3. ¿Qué métodos deberían seguirse para que el poder del Evangelio consiga sus efectos?

Conclusión

En mis visitas por las diferentes partes del mundo, he constatado que quienes se hallan en mayor dificultad son los que proclaman el Evangelio con mayor fuerza y los que viven la vida evangélica con mayor entrega. A causa de su situación, su predicación tiene una resonancia y un impacto mucho mayor que la de quienes predicán en ambientes de comodidad y seguridad. Tal vez será difícil que se den buenos predicadores en un pueblo que no sufre o no está oprimido. Debemos de hallarnos frente a problemas importantes para que el Evangelio sea proclamado con vigor.

El Primer Mundo tiene problemas graves con que luchar, pero la autocomplacencia y una falsa seguridad pueden cegar fácilmente al predicador para que no vea su urgencia. El Evangelio es la Buena Nueva a los pobres. Cuando echamos nuestra suerte con los pobres y oprimidos nos convertimos en destinatarios de su Evangelio; la predicación nace entonces de un profundo compromiso con el pueblo, un compromiso que inspira una palabra de respuesta a sus necesidades. Nuestra misión es proclamar la esperanza del Evangelio más frecuentemente y predicarlo hasta el límite de nuestra visión, incluso cuando nosotros no encarnamos completamente tal visión. Como Domingo, no somos profetas de perdición o desgracia. Domingo, como Jesús, no anunció malas noticias, sino la Buena Nueva, siendo un profeta de esperanza. Tampoco fue un moralista que amenazase castigos o crease sentimientos de culpa. Él fue -y es- el maestro espiritual que devuelve la esperanza a los que se hallan oprimidos por la pena o por el sentimiento de culpa.

Santo Domingo no tuvo dudas sobre su misión. Él sabía que era predicador. Nosotros tenemos que revocar este sentimiento de Domingo, reconociéndonos no tanto como "Dominicos", como cuanto "Predicadores".

Yo he propuesto al Capítulo de julio las siguientes interrogaciones:

1. ¿Se halla mi vida donde se hallan mis palabras?
2. ¿Son reconocidos los dominicos en todo el mundo como la Orden de Predicadores?
3. Como parte de nuestra renovación continua, ¿no tendríamos que vernos más como predicadores, título que nos dieron el Papa Honorio y Santo Domingo?
4. ¿Cuáles son las experiencias humanas que me forman a mí y a mis palabras? ¿En qué medida he permitido que el grito de los pobres, de los sin categoría social, educación o poder influya en mi comprensión del Evangelio y en mi anuncio del mismo?
5. ¿Cómo predico yo? ¿Se basa mi predicación en la oración y en el estudio? ¿He hecho de la Palabra de Dios algo familiar? ¿Me predico a mí mismo, -mis ideas-, o a Jesucristo? ¿Acepto lo que yo soy, permitiendo a los otros que me enseñen? ¿Cómo he continuado mi formación como predicador? ¿Busco la colaboración de mis hermanos, hermanas y del laicado en mi ministerio de predicación?
6. ¿De qué forma puede nuestra manera particular de vivir juntos promover directamente la oración, el estudio y el anuncio, -elementos integrantes de la predicación-, a fin de ser identificados públicamente como "los Predicadores"?

¡Somos Predicadores! Alegrémonos de nuestra vocación, hombres y mujeres a quienes ha sido confiada la Palabra y la visión de Dios para nuestro mundo.